

LO CONDICIONANTE

La Transición política a las libertades actuales ha sido asunto complejo, a cuya producción han concurrido, como en todos los procesos sociales de cambio institucional, condiciones y causas distintas, de sentido convergente o contradictorio. La dificultad en el conocimiento de la Transición está en establecer relaciones de jerarquía, subordinación o dependencia entre los factores determinantes de la causa o concausas del proceso, sin caer en la parcialidad reduccionista de atribuirlo —como se hace en las leyendas panegíricas entontecedoras de la opinión pública— a la voluntad espontánea de instituciones o personas egregias.

Por muy discutible que sea, en lógica, la distinción entre causas y condiciones, o sea, entre lo positivo que produce el efecto y lo negativo sin lo cual no se produciría, en todos los procesos de realización de las acciones políticas existe una diferencia notable entre la voluntad de los actores plurales de las mismas y la coyuntura de factores que la condicionan de manera necesaria o suficiente. En el análisis histórico de un cambio político, lo condicionante precede y explica lo causante, al modo como, en última instancia, las condiciones objetivas a las subjetivas.

En estos esbozos seriados de la Transición política no me ocupé de los factores económicos que cambiaron la estructura social de España durante el último quinquenio de la dictadura. De hacerlo así, iría contra el correcto enfoque de la Transición, en tanto que fenómeno colectivo de impulso o esfuerzo voluntario de unos pocos —por numerosos que fueran en la primera fase— hacia la libertad de todos. No he puesto el inicio de este proceso en la muerte de Carrero, ni en la de Franco, sino en la creación de la Junta Democrática, por ser la primera manifestación, o signo en la sociedad civil, de la voluntad de poner fin a la dictadura en el Estado mediante un movimiento pacífico y democrático. La causa de la Ruptura estuvo coherente y responsablemente fundada en la naturaleza incondicional de la libertad política.

Pero no todo lo condicionante tiene la misma importancia en la causa del cambio político. El factor internacional, por ejemplo, ha sido casi determinante en la Reforma liberal de la dictadura, mientras que el asesinato de Carrero y la hoy cacareada muerte de Franco, a pesar de su indudable valor simbólico, no pasaron de ser simples eliminaciones de obstáculos para la puesta en marcha y aceleración de la operatividad de la causa democrática de la Ruptura, o para abrir a puerta a la posibilidad de la libertad condicional de la Reforma, en la segunda y definitiva fase constitucional de la Transición.

En el veinte y cinco aniversario de la muerte de Franco toda la prensa ha engañado a la opinión, sobre la trascendencia de la misma, para disimular que la Monarquía de Juan Carlos continuó la dictadura diecinueve meses, con una sistemática represión de la libertad durante los



siete de su primer gobierno. Cuando se produjo, la muerte de Franco no era ya condición necesaria de la Ruptura democrática. Esto comienza a ser evidente en una opinión popular cuyo 45,4 por ciento contesta,

en la encuesta de Sigma Dos de 20-11-2000, que la democracia habría llegado sin la Monarquía. Pero aquella muerte tuvo para los reprimidos reformistas monárquicos del Régimen la naturaleza de una condición necesaria, aunque no suficiente. Operó en sus voluntades liberales al mismo nivel de influencia que el factor internacional. La suficiencia aportada por el segundo gobierno de la Monarquía, próxima ya a la causa eficiente de la Reforma, se manifestó como producto derivado o eficiente de la Reforma, se manifestó como producto derivado o «condición necesitante» de la condición necesaria: olor a cadáver de la dictadura y presión de EE UU y Alemania para enterrarla con honor monárquico y sin vergüenza democrática. Lo condicionante marcó los límites de la Transición a una libertad condicional.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

IGUALDAD FRENTE A UNIFORMIDAD

El degradado mundo que estamos viviendo en esta transición de siglo se caracteriza por sus inmensas desigualdades en economía, cultura, poder. Pero, al mismo tiempo, es singular paradoja en un mundo uniformado, en que las diferencias, las complejas diversidades humanas van siendo aplastadas por la apisonadora del concentrado poder. Una tendencia que anticipó la genialidad de Goethe, al relatar en la II Parte del Fausto la tragedia de la anciana pareja formada por Filemón y Baucis, cuyas vidas son inmoladas y su vivienda incendiada en nombre de un afán de planificación homogeneizadora del espacio y la existencia humana. Frente a esta realidad, uno de los grandes problemas de nuestra época, tanto en el pensamiento como en la práctica, se refiere a la necesidad de luchar simultáneamente por la igualdad y por el pluralismo, por la rica diversidad humana entre individuos, pueblos, culturas, sexos. Y comprender que entre ambos ideales, el igualitario y el que aspira al desarrollo de nuestras múltiples posibilidades, muy lejos de existir oposición se da una profunda complementariedad. La Revolución francesa acuñó la trilogía «libertad, igualdad, fraternidad» como lema de los ideales revolucionarios. Y no está de más re-



examinar estos ideales a la luz de su malparada situación en nuestros días. Aunque la propaganda imperante pretenda convencernos de que aludir a la Revolución francesa o a cualquiera de las revoluciones que en el mundo se han dado es convertirse en un

dinosaurio, nada más esclarecedor, para entender y transformar nuestra realidad. Así, es necesario desenmascarar la caricatura de la libertad que representa el capitalismo actual tan pretendidamente liberal en su nombre como despótico en la práctica. Pero en este momento invito al lector a que analicemos la problemática referente al concepto de igualdad.

Empecemos por la curiosa paradoja a que he aludido. La vieja crítica de la derecha al ideal de igualdad invocado por la izquierda ha consistido en deformar dicho ideal, y presentarlo como si su realización hubiera de conducirnos hacia un mundo de seres humanos idénticos, despersonalizados, clónicos. Recuerdo al respecto cómo un periódico conservador, cuando se extendía un amplio debate en nuestro país sobre la escuela privada y la pública, mostraba en portada insidiosamente la imagen de una multitud de niños, uniformados en atuendo y rostro, pretendiendo que dicha caricatura reflejaba la realidad propia de una enseñanza pública. Y, sin embargo, nada tan uniformador como el mundo que la actual hegemonía de la derecha está creando. Este mundo que en anteriores artículos he descrito como una inmensa fábrica de productos materiales y mentales, también de seres humanos. El mundo presidido por el «pensamiento único», en que las diferencias entre la derecha y la izquierda se borran. En que la disidencia, el pensar y actuar original —a no ser que se manifieste en caprichos o pseudororiginalidades irrelevantes, que tanto padecemos en el ámbito de la cultura— se castiga con la marginación, o si de pueblos se trata con el asedio económico y la misma agresión militar. Un mundo en que todos consumimos los productos de la Gran Fábrica, cada vez más concentrada en la globalización, arrasando economías y formas de vida alternativas. ¿Consumimos todos los mismos productos? No ciertamente. Los productos están en el escaparate único, impuesto. Si Ud quiere exhibir otro, se lo romperán a pedradas. Pero en el escaparate permitido hay una importante escala de precios. Unos adquieren yates, joyas, aviones privados, exquisitos manjares y otros no pueden comprar un panecillo. Se ha unido mágicamente la uniformidad y la desigualdad. Porque las diferencias son sólo de peldaño, no de personalidad individual y se pretende que la única aspiración común sea llegar a la riqueza material. Nos hemos convertido, pues, en átomos idénticos, como en el universo de Leucipo y Demócrito diferenciados fundamentalmente por nuestra posición en el espacio, en este espacio escalonado. Y brilla por su ausencia la auténtica igualdad, aquella que reside en la dignidad de todos y cada uno de los seres humanos, y coherentemente exige la nivelación de sus posibilidades de vida y oportunidades, mas no para repetir el mismo patrón, sino para desarrollar nuestra personalidad y creatividad. Para unir el desarrollo individual y el colectivo.

Carlos PARÍS

CAPUCHAS NARANJAS

Es la primera vez que se ven «capuchas naranjas» en el País Vasco. La iniciativa fue de la Plataforma «Basta Ya». Hartos del terror que impregna el tejido social del País Vasco se manifestaron ante Ajuaria Enea con capuchas de ese color cubriendo completamente sus rostros. Impresionaba verles así, imponía casi tanto o más que si hubieran salido a la calle con mordaza. Hasta ahora sólo habíamos visto las «capuchas negras» de los de ETA cuando han comparecido ante la prensa, sus pasamontañas aterradoros bajo los que se esconden porque ni en eso, por supuesto, tienen la mínima decencia para dar la cara. Pero estas capuchas naranjas significan lo contrario, son capuchas naran-

jas contra pasamontañas negros, el coraje contra la cobardía, la rebelión democrática contra el fanatismo criminal. Un color de vida y futuro contra el negro de la muerte. La protesta de quienes se sienten «apresados en el corredor de la muerte» era pedir al Gobierno vasco, a ese lehendakari de oídos sordos, que «impida las ejecuciones» en el País Vasco. ¿Criticamos a Estados Unidos? Pues la pena de muerte existe en Euskadi, la firma ETA y la avalan con desvarío supino sus cómplices.

Luisa PALMA

